

De este lado está mi cuerpo
 está el sueño
 está mi novia en la ventana
 están las calles que estallan en luces y movimientos
 está mi amor tan lento
 está mi mundo golpeando en mi memoria
 está el camino al trabajo.

Del otro lado están otras vidas viviendo de mi vida
 hay pensamientos serios esperándome en la sala de visitas
 está mi novia definitiva esperándome con flores en la mano
 están la muerte, las columnas y el desorden.

(*Os Dois Lados*)⁸

La poesía, para Murilo Mendes, tiene un carácter cosmogónico. Lo que en ella se juega es el ritmo, la palpitación de un Todo del que el hombre es expresión y no excepción.

Claro que este Todo no recibirá del escritor la configuración de un cosmos apacible. Lo distintivo del orbe muriliano será el *pólemos*, la lucha incesante que tanto enalteció Heráclito de Efeso, el vértigo combativo entre lo que recíprocamente se excluye y recíprocamente se necesita. Es un orden barroco y no un orden clásico, el de Murilo Mendes. Pero no lo es sólo por pura opción estética. No se trata de una elección desarraigada de las imposiciones dictadas por la historia. Es, por el contrario, una respuesta, y una respuesta a su tiempo; un tiempo de resquebrajamiento, de áridos contrastes, de inquietantes claroscuros, de dolorosas ambivalencias. Convergen el populismo y el fascismo, lo tradicional y lo novedoso, la lucidez crítica y el vértigo de la locura totalitaria. Murilo Mendes escribe como un poeta del siglo XX, consciente de que sus circunstancias son las de una centuria donde la inocencia y el crimen caminan tomados de la mano y en la que el hombre ya no sabe cómo designar el paisaje que contempla cuando mira. La suya es, por lo demás, una postura consecuente con el legado que nos hicieron Baudelaire, Rimbaud y Mallarmé. Heredero pródigo de sus maestros franceses, Murilo Mendes se apartará resueltamente de la lírica confesional y biográfica. Del surrealismo extraerá, según vimos, enseñanzas primordiales para su estética, y empeñándose a fondo en retratar la desarticulación del *yo interior*, nos hará una propuesta literaria que encuentra en la dramática intrascendencia *de lo propio e íntimo*, el eje argumental de la poesía contemporánea.

Me pusieron la etiqueta de hombre, avanzo riendo, avanzo a los tropezones.
 Bailo. Río y lloro. Estoy aquí, estoy allí desarticulado,
 me gustan todos, nadie me gusta, trabajo con los espíritus del aire,
 alguien, desde la tierra, me hace señales, ya no sé qué es el bien y qué es el mal.

(*Mapa*)

Aún cuando ante ese mundo de contraposiciones —*Mundo Enigma* los llamará Murilo Mendes— el poeta se empeña a fondo en alcanzar un punto donde se produzca el enlace armónico de los contrarios, su intento no asumirá jamás la forma de un veredicto ilusionado en brindarnos la clave de lo inefable o en abrirnos de par en par la puerta del acceso lógico al recinto de lo difuso. Mendes no quiere definir; desdeña explicacio-

⁸ Las versiones de los poemas incluidas en este estudio me pertenecen.

nes basadas en postulados exclusivamente racionales. No se trata, sin embargo, de una renuncia ciega a la claridad sino de la conciencia de un límite cognoscitivo impuesto a la razón pura. Su aceptación lo impulsa a entender el conocimiento como un acto de inmersión apasionada pero no por ello irreflexiva en lo real.

El fervor, la comunión con el mundo alcanzada a través de la intensidad creadora, ofrecerán ese rostro unitario de la vida que más allá de la experiencia estética se fragmenta y se pierde. De modo que el arte, para este autor, cumple una función irremplazable: es el sitio donde, por obra del talento, la magia y el esfuerzo, la significación del mundo, su médula y su más íntimo aliento, se entregan al hombre con infrecuente docilidad. El poema, en tal caso, se convierte así en la objetivación máxima del misterio.

Lo que rara vez la forma
revela.
Lo que sin evidencia vive.
Lo que la violeta sueña.
Lo que el cristal contiene
en su primera infancia.

(Algo)

Fiel a aquella sentencia de Anaxágoras, redactada hace ya dos mil quinientos años y según la cual «Lo que se muestra es un aspecto de lo invisible»⁹, Murilo Mendes ha de ver siempre en la materia la presencia del espíritu; en las voces del sueño, la voz de la vigilia; en los perfiles de lo diurno, los contornos de lo nocturno; en la piel tersa de lo Uno, las aristas de lo múltiple; en las sinuosidades de lo múltiple, la armoniosa palpitación de la unidad.

¿Cómo manipula la materia de sus obsesiones, cómo trabaja el poeta?

Tal vez lo esencial sea decir que opera mediante yuxtaposiciones y fragmentos, articulando imágenes contrapuestas, complementarias, siempre inesperadas y encaminadas hacia la caracterización versátil de un mismo objeto, que es aquel que conforma el tema central del poema. Su blanco es fijo sólo en el sentido de que es siempre un único asunto el que el texto privilegia como argumento. Pero la táctica de abordaje es invariablemente dinámica. Sus puntos de mira, los ángulos desde donde observa, nunca son estáticos. Murilo Mendes ataca sus temas como los pieles rojas a las caravanas de carretas: circundándolos, embistiéndolos desde perspectivas distintas. Es que el poeta es un idólatra de Jano: reverencia los rostros dobles, las anátesis, quiere que cada una de sus composiciones nos entregue las muchas formas simultáneas en que la unidad se hace presente. «El temperamento vibrátil de Murilo Mendes lo lleva a las fragmentaciones, a los movimientos discontinuos de la expresión, a las aliteraciones, a la adjetivación áspera y a los juegos de palabras en choque, procedimiento creador que ha inducido a clasificarlo como poeta surrealista (en verdad, se sintió atraído por el movimiento apenas en cuanto posibilidad de liberación aún mayor del lenguaje poético)»¹⁰.

⁹ Fragmentos de Anaxágoras, Ed. Aguilar, Biblioteca de Iniciación Filosófica, N.º 77, pág. 66, Buenos Aires, Argentina, 1962.

¹⁰ Laís Correa de Araújo, *ob. cit.*, pág. 38.

Murilo Mendes entrelaza hábilmente el horizonte de percepciones que le abren sus sentidos con ese universo de evidencias que le entregan su sensibilidad cristiana, su sólida formación artística y filosófica, la sutileza incisiva de su reflexión. La intención constante de este infatigable trabajador de las palabras es la de brindarnos mutaciones, fenómenos dinámicos, movimientos incesantes. No le interesa poner a nuestro alcance hechos consumados, cuerpos detenidos, horizontes congelados. Se lo impiden, por lo demás, sus convicciones barrocas tanto como las premisas de ese «universo visionario» que tan certeramente caracterizó José Guilherme Merquior: «Si lo fantástico es un universo completo, vale decir, donde todo es homogéneamente extraordinario, en el plano del visionario el mundo es, por el contrario, un *universo mixto*. Justamente porque es mixto o híbrido, en el universo visionario conviven lo insólito y lo natural, lo maravilloso y lo vulgar. El plano visionario es eminentemente transitivo: en él lo asombroso irrumpe y desaparece con la misma naturalidad. Su ingreso abrupto y su no menos brusca reconversión a lo natural, son fenómenos frecuentes en una esfera en permanente proceso»¹¹.

El dios del poeta

La religiosidad constituye, en Murilo Mendes, un ingrediente básico de su identidad artística. En el cristianismo encontró el poeta el eje articulador de su experiencia histórica, el peldaño indispensable desde el cual alcanzar una comprensión suficiente del hombre y de la vida. La fe no vino, sin embargo, a aplacar su singular visión agónica del mundo, su sentimiento trágico —por recordar a Unamuno— del sempiterno doble aspecto de todo. El cristianismo es en él, inversamente, síntesis necesaria, reconciliación imprescindible de los fuegos adversos que alimentan la dialéctica de los opuestos. Y síntesis en el mejor y más estricto sentido hegeliano: conservación de los momentos previos en una tercera instancia donde el conflicto entre tesis y antítesis se supera a sí mismo sin extirparse.

Desde muy joven fue activamente cristiano el poeta Murilo Mendes. Dios, el dios de Jesús, irrumpió en su vida no como una certidumbre aplacadora sino como una necesidad sensual y polémica. Fue, en ella, ese *logos* reparador en cuyo seno las disonancias, sin disolverse, se integran, y los violentos contrastes dejan entrever, más allá del conflicto que sustentan, un fundamento organizador.

¡Me dieron un cuerpo, uno solo,
para soportar callado
tantas almas desunidas
que chocan unas con otras,
de edades tan diferentes;
una nació mucho antes
de que yo viniera al mundo,
otra nació con mi cuerpo,
otra está naciendo ahora,

¹¹ Razão do Poema de José Guilherme Merquior, Ed. Civilização Brasileira, pág. 59, Río de Janeiro, Brasil, 1965.